

EL VIÁTICO



Ceñido de su blanca vestidura
Que los divinos resplandores vela,
Hácia el hogar que recibirle anhela
Jesús avanza por vereda oscura.

Preso en la garra penetrante y dura
Del último dolor, luchando vela
El moribundo cuya faz revela
Honda ansiedad é insólita pavura:

Mas cuando Cristo en el umbral asoma
Y hácia el lecho del triste se adelanta,
Como al nido caliente la paloma,

Cuando brilla á sus ojos la Hostia santa,
Los encendidos arreboles toma
De un sol que en su horizonte se levanta.

FRANCISCO DE ITURRIBARRÍA, *Pbro.*

PAISAJES GUIPUZCOANOS



Por cualquiera de los caminos que penetre en el corazón de Guipúzcoa el viajero ávido de impresiones y ansioso de contemplación, encuentra este bien pronto, todos los distintivos del paisaje guipuzcoano. Colinas y montes, cañadas y valles, fructíferas y risueñas vegas, árboles y fuentes, cascadas y riachuelos, apacibles soledades, misteriosas y azuladas lejanías, le atraen, le admiran y le subyugan desde el primer momento.

Los frescos desfiladeros abiertos en los flancos de abruptas ó redondas montañas, siempre cubiertas de exuberante vegetación; los risueños caseríos que allá sobre la empinada colina se enseñorean, mostrando al caminante faz placentera y albergue hospitalario; los gratos murmullos de las corrientes que ora apaciblemente se deslizan, ora ruedan con ímpetu llenando los bosques con sonoros ecos; las brechas pintorescas, por entre las que la cinta plateada de las carreteras se desliza, serpenteando como anillos de inmenso reptil, en medio de frondosas arboledas cuyas hojas, de intenso verde, dan al cuadro aquellos fuertes y vivísimos tonos tan alegres y halagadores; todo trae á la imaginación del viajero, á más de subyugarla, la ilusión de que á poco más habrá de contemplarse la verde inmensidad del Océano, cuyas olas brillan, heridas por el hermoso sol de Guipúzcoa, allá abajo, á lo largo de la dilatada y majestuosa costa, que ciñe y limita al Norte la región guipuzcoana hija de la antigua Cantabria que los viejos Euskaros domeñaron.

El cielo y la tierra muestran por doquier ese vigor que es fama hallar en nuestro privilegiado suelo; y surge de improviso al paso, después de agrestes y sombrías cañadas, el verde prado, la vega lozana, cuajada de margaritas y blancas florecillas, de tiernas plantas y perfumados tomillos, como el cielo de estrellas, que va estrechándose y llega á confundirse algún tiempo después con el monte elevado, al cual da el granito su áspero color y su simbólica dureza.

Aquí y acullá agrúpanse los caseríos en torno de la ermita cuyas agujas, de viejas torres ó modestos campanarios, dibujan en el cielo purísimo sus santas siluetas.

Cuando se penetra en el solar guipuzcoano y tanta hermosura se contempla, cuando la lejana campana de la elevada ermita tañe muellemente para recordar á los fieles la hora de la oración; cuando el aire perfumado agita la atmósfera como para renovar el purísimo ambiente que por doquiera se respira, la hermosura, el encanto del paisaje es tal que el alma se siente sobrecogida y admirada, y el corazón se ensancha y se consuela, en tanto que la soberana gallardía del paisaje no permite pensar en otra cosa, que en el poder supremo del Hacedor.

*
* *

Describir por entero y bajo todos sus aspectos un semejante y di-

latado país sería caer de propósito en la monotonía de la relación y en la insuficiencia del cuadro. Que es de suyo bastante al que sus encantados lugares recorre, el contemplar uno tan solo de sus panoramas, para que le sea luego imposible negar que pocos países pueden compararse con los que se presentan entonces ante sus ojos, ya que los que como nosotros están acostumbrados á la hermosura sin límites de los campos guipuzcoanos, no pasamos nunca por ellos sin sentirnos sobrecogidos de admiración y asombro.

Aquí en Guipúzcoa, como en los países encantados de los griegos, la golondrina de mar y la golondrina de tierra vuelan á un tiempo sobre los tiernos campos y las azuladas olas que bañan su costa y siguen unidas los huecos que dejó en la tierra la laja del casero guipuzcoano y la larga y plateada estela que á su paso dejó la nave.

Los vetustos castaños y los lozanos manzanales, juntan aquí sus hojas con el álamo elevado y el airoso nogal; verdea en las llanuras el maíz y ondula al soplo ligero de los vientos la amarillenta espiga. ¿Cómo contar tantas bellezas? ¿Cómo describir tanta hermosura? No es posible acometer tamaña obra; es preciso dejar al Hacedor toda su gloria y no profanar con imperfecta descripción tanta grandeza.

Y además: ¿cómo contar los misterios, que las nieblas de las montañas engendran, cuando descendiendo sobre la hondonada, apenas se dejan herir por los rayos del sol al envolver en su tenue manto las montañas y valles, los prados y las riberas, las corrientes y los mares? ¿Qué decir de las agrestes soledades, en que la oveja caprichosa busca la tierna yerba al pie del manantial oculto, y el agua cristalina de la fuente que cubren los juncales? ¿Qué, en fin, contar de la elevada cumbre, que vetusta ermita sin cesar domina, siempre cuidada por la fe de todos y por todos amada y preferida?

No es el vano placer de proclamar soñadas hermosuras, ni tampoco por ensalzar el país que uno ama, por lo que el guipuzcoano canta las alabanzas de su patria. Los encantos del suelo guipuzcoano son indecibles; no podremos aquí nosotros describirlos, pero no es loco amor á este país hermoso el que nos hace prever que sus destinos serán en lo futuro tan grandes y brillantes como gallardos fueron sus comienzos.

